

CRÍTICAS

COMENTARIO A “POR UN GIRO ANALÍTICO EN SOCIOLOGÍA”

MIGUEL CAÍNZOS

Universidad de Santiago de Compostela

miguel.cainzos@usc.es

Agradezco a la *RIS* y a Fernando Aguiar, Andrés de Francisco y José Antonio Noguera (en lo sucesivo, AFN) su invitación a comentar el artículo-manifiesto que han redactado con ocasión de la puesta en marcha del comité de investigación sobre sociología analítica de la Federación Española de Sociología. Si lo he entendido bien y se me permite expresarlo de manera algo ruda, el artículo tiene dos propósitos básicos. El primero y lógicamente anterior es exhortar a los sociólogos a tomarse en serio el carácter científico de su disciplina y a combatir la influencia del tropel de charlatanes y vendedores de baratijas intelectuales que obstaculiza su desarrollo, conduciendo a muchos jóvenes sociólogos por la senda del desvarío académicamente institucionalizado. El segundo, que sólo tiene sentido a partir del cumplimiento del anterior, es animar a los sociólogos de vocación científica a comprar por el mismo precio el paquete completo, convirtiéndose en científicos sociales de primera clase – es decir, “analíticos”.

Comparto plenamente el primer objetivo y envidio el vigor, brillantez y elegancia con que AFN lo persiguen. Sin embargo, creo que su argumentación a favor de un giro “analítico” –entendido como algo diferente de una reafirmación del espíritu de rigor científico– es menos convincente. A mi juicio, (1) justamente por perseguir a la vez dos metas distintas, la propuesta explícita de AFN es demasiado vaga, (2) pero hay en su artículo una apuesta latente por una concepción de la actividad científico-social excesivamente rígida y unilateral, sobre algunos de cuyos rasgos tengo bastante prevención; además, (3) me parece peligrosa, desde un punto de vista “estratégico”, una iniciativa cuyo principal resultado puede ser crear un nuevo nicho o círculo cerrado sobre sí mismo en una comunidad científica que ya está extremadamente fragmentada tanto en el plano intelectual como en el organizativo¹.

¹ Aunque, por limitaciones de espacio, no desarrollaré esta idea, también soy escéptico acerca de la pretensión de dotar a la sociología de una dimensión normativa. Cuando hablan de ella, AFN designan ora el compromiso con la búsqueda de la verdad como valor supremo, que es inherente a la vocación científica, ora la capacidad de la sociología para alumbrar juicios de valor – u orientar su enunciación y justificación – a partir del análisis de la realidad social. Si se trata de lo primero, nada

1. Mi primera reserva hacia el argumento de AFN reside en que el referente de aquello que vindican – una “sociología analítica” – es más escurridizo de lo que a primera vista se pudiera creer. A veces parece que con aquel término designan una cierta comunidad o red científica, a algunos de cuyos más eximios miembros y foros de comunicación identifican explícitamente; o, quizás, el estilo de trabajo científico que aquélla practica. Sin embargo, cuando se trata de ir más allá de una definición ostensiva (“es lo que hacen, por ejemplo, éstos”), “sociología analítica” parece sólo un sinónimo de “sociología científica” o, incluso, de “rigor intelectual”.

Ahora bien, si la sociología analítica es sociología científica sin más (ni menos), nada conseguimos con utilizar como bandera un término que puede ser divisivo. Si es otra cosa (una especie dentro del género “sociología científica” o un modo particular, que aspira a ser máximamente riguroso y adecuado, de comprender la naturaleza y tareas de la sociología), convendría trazar más clara y precisamente sus perfiles, estipulando cuáles son los principios epistemológicos que la distinguen y justificándolos frente a concepciones alternativas, en lugar de difuminarlos apelando wittgensteinianamente a un “aire de familia” caracterizado, aparentemente por igual, por rasgos dispares y en modo alguno exclusivos. Pues cabe preguntarse si de verdad la búsqueda de la precisión y el rigor lógico, la preocupación por la racionalidad del discurso o la actitud epistémica racionalista son rasgos privativos de los sociólogos que se autodefinen como “analíticos”. O si, en todo caso, esos principios generales están en el mismo plano - y son igualmente constitutivos de la sociología analítica – que, por ejemplo, la adopción de una particular concepción de la explicación científica, la “explicación en términos de mecanismos y microfundamentos” (p. 442). O, en fin, si cualquiera de las muy diversas – e incluso contradictorias – interpretaciones de la noción de “explicación por mecanismos” que se encuentran en la literatura es igualmente propia de la sociología analítica.

Se podría aducir que estas consideraciones caen en el tipo de “discusión sobre palabras” en las que AFN declaran no estar interesados, o que ellos mismos las responden anticipadamente al reconocer que lo que defienden no es algo particularmente original, sino el substrato básico de cualquier disciplina científica consolidada. Creo, sin embargo, que esa respuesta no es satisfactoria, porque quien propone tan enfáticamente a una comunidad la adopción de un “talante” o un “código de buenas prácticas” (y, probablemente, la utilización de estos dos términos como sinónimos es reveladora del problema que trato de señalar) está obligado a enunciar un conjunto sistemático de principios o reglas de acción unívocas que suponga una adición no trivial a los procedimientos comúnmente aceptados en ella. Si la comunidad a la que se dirigen es la de los sociólogos que aceptan someterse a principios elementales de rigor científico, AFN no avanzan muy lejos en esa dirección, pues no nos dicen mucho que sea nuevo.

hay que oponer, pero entonces la sociología no es fuente de normatividad, sino que es constituida normativamente; si se trata de lo segundo, dudo que la sociología pueda ni deba ir más allá de las tareas que le asignó Weber en este terreno, que parten de – y no fundan – opciones de valor.

En cambio, si su comunidad de referencia está formada por todos aquellos que ejercen como sociólogos, incluidos los partidarios “de la arbitrariedad y del ‘todo vale’ que aún impera en algunos círculos académicos” (p. 447), probablemente van demasiado lejos como para conseguir adhesiones, y acaso habrían hecho mejor fijándose metas más modestas y realistas.

En suma, me parece que, al perseguir simultáneamente dos objetivos – una reivindicación del espíritu científico en sociología, una apología de la sociología analítica– que, en buena lógica, requieren dirigirse a dos audiencias diferentes y cuyo logro exige utilizar argumentos de muy distinto nivel de especificidad y refinamiento, AFN debilitan su capacidad de alcanzar cualquiera de los dos.

2. Esta primera reserva está acompañada –y acentuada– por otra que sólo aparentemente es contradictoria con ella. Pues creo, en efecto, que aunque AFN son muy católicos en su caracterización explícita de la sociología que propugnan (y quizá lo sean deliberadamente, a fin de “rebajar su perfil” y convencer más fácilmente a los “muchos sociólogos seria y honestamente comprometidos con el ideal de una ciencia social rigurosa y pública” (P. 444) de que nada perderán abrazando su causa), tanto en los ejemplos que salpican su texto como en algunas de sus afirmaciones explícitas hay indicaciones que apuntan a una concepción más restrictiva de la actividad científico-social y que, por tanto, se puede entender que constituyen el núcleo distintivo de su propuesta “analítica”. No hace falta ser muy sagaz para adivinarlo así, puesto que se trata de una imagen de la ciencia social que aparece recurrentemente en los propulsores de la boyante industria “analítica”.

Esa concepción se caracteriza, en lo que ahora me importa, por (1) entronizar la construcción de explicaciones teóricamente fundadas como objetivo central – y, en el límite, único objetivo legítimo – de la investigación científico-social y (2) postular que el único tipo de explicación plenamente satisfactoria consiste en la reconstrucción exhaustiva de los procesos causales que generan el fenómeno del cual se trata de dar cuenta, con la particularidad de que (3) esa reconstrucción se ha de hacer en términos de patrones o secuencias típicos que, sin tener carácter nomológico, aparecen recurrentemente en diferentes contextos y son, en último término, reducibles a las propiedades, acciones y relaciones de actores intencionales.

Seguramente este resumen, cuya tosquedad reconozco sin problemas, hace preluir que mi crítica se concentrará en los dos últimos puntos – sobre todo, en el último. Mi escepticismo hacia ellos proviene, sin embargo, de una más radical objeción al primero de los tres postulados – lo que podríamos llamar fijación en la explicación teórica, que AFN abrazan con énfasis, afirmando que “la ciencia es teoría” en la medida en que “la construcción teórica [ha de ser considerada] como tarea inseparable de la explicación científico-social” (p. 442).

De entrada, no hay nada que oponer a esta afirmación, siempre y cuando se quiera con ella decir que “la ciencia es, entre otras cosas, teoría” y vaya acompañada de la conciencia de que entre esas otras cosas que la ciencia también es se encuentran, con igual relevancia desde el punto de vista de la práctica científica, la observación, la

medición, la clasificación, la formación de conceptos, la comparación, la generalización empírica, la contrastación de hipótesis, la evaluación o la predicción. No pretendo sugerir que AFN, cuya sofisticación filosófica está fuera de duda, ignoren la importancia de estos elementos. Sin embargo, me parece que tanto ellos como sus sociólogos de referencia tienden a incurrir en una abusiva sinécdoque y elevan a la condición de única forma satisfactoria de investigación social aquella que tiene como objetivo la explicación deductivamente guiada por una teoría preexistente. Con ello, establecen entre aquellos componentes y facetas de la actividad científica una relación rígidamente jerárquica que, aunque puede ser aceptable cuando se predica de la estructura lógica de la ciencia como producto, tiene consecuencias negativas a la hora de comprender – y legislar sobre – la ciencia como actividad.

Esa imagen de la ciencia social – que, insisto, está sólo apuntada en el manifiesto de AFN pero es omnipresente entre los autodenominados “analíticos” – invita a la reproducción y difusión de una visión poco realista del proceso de investigación, consistente en último término en ese hipotético-deductivismo ingenuo, basado en una imagen deformada, simplificada e idealizada del proceder de los científicos naturales – o, en realidad, de los practicantes de algunas ramas de la física –, que está presente en tantos manuales de metodología, en los cuales, lejos de aprender a hacer investigación científico-social, los lectores aprenden a “jugar a la ciencia”, adoptando de manera ritualista reglas y procedimientos que se aplican mecánicamente, sin necesidad de discernir y afrontar los problemas y tareas concretos que se derivan de las metas específicas de cada investigación. Baste pensar, como muestra de ello, en la tendencia, tan desafortunada como habitual, a (con)fundir contrastación de hipótesis y explicación, sin reparar en que la primera es casi siempre una tarea esencialmente descriptiva, que no comporta construcción de explicaciones causales, mientras que la segunda consiste a menudo en el planteamiento y solución de “enigmas” mediante un procedimiento abductivo; y ello por no hablar, más prosaicamente, de la tan frecuente práctica de enunciar “hipótesis” (y “contrastarlas”) después de haber analizado los datos.

Pero, ante todo, aquella concepción del quehacer sociológico se basa en la negativa a reconocer que la investigación científico-social tiene objetivos muy diversos, que a menudo no tiene en su centro la producción de explicaciones, que la relevancia del trabajo de construcción teórica es muy desigual en relación con cada uno de ellos, que el tipo y tratamiento de la evidencia empírica que cada objetivo requiere es radicalmente distinto y que la fijación en la explicación como tarea inmediata y central de toda investigación puede ser pura y simplemente esterilizadora.

Con todo esto no pretendo simplemente recordar (aunque nunca está de más hacerlo) que la explicación debe ser precedida por otras operaciones, como la descripción, y que no es buena idea tratar de explicar hechos no establecidos – algo que el sentido común indica, que Merton ha expresado con especial agudeza y que muchos analíticos reiteran obedientemente citando a Goldthorpe. A lo que trato de apuntar es a un principio de mayor alcance, a saber, que hay investigaciones extremadamente valiosas en las que la descripción, la predicción o la intervención no son metas secundarias o medios para el fin

último de la explicación, sino el horizonte y punto terminal del trabajo del científico-social, bien porque en ellas reside el mayor interés (como ocurre en muchas investigaciones demográficas o demoscópicas), bien porque el momento explicativo, en un sentido fuerte, conduce a traspasar el umbral de otras disciplinas (como ocurre, por ejemplo, con las investigaciones en epidemiología social). Y la persecución de esos objetivos no puede esperar a disponer de teorías articuladas sobre el campo de estudio en cuestión (salvo en el trivial sentido de que alguna “teoría”, de uno u otro tipo, está presente como trasfondo y condición de posibilidad del planteamiento de una pregunta o, si a ello vamos, de cualquier preferencia lingüística que aspire a cumplir una función denotativa) ni recibirá su mayor impulso de la búsqueda de explicaciones (o, más restrictivamente, de explicaciones según mecanismos típicos de causación).

Ignorar esta diversidad de objetivos legítimos y deseables de la investigación social, establecer como “estándar” al que se debe someter la sociología la investigación “guiada teóricamente” y dirigida a la “producción de explicaciones completas” y entronizar el hipotético-deductivismo como modelo ceremonial al que ha de atenerse el investigador es, me temo, una fuente de empobrecimiento y una invitación a la pereza intelectual. Conduce, además, a devaluar una gran parte de la sociología más rigurosa, disciplinada y respetuosa de las “reglas del oficio”, que queda estigmatizada y relegada a la triste condición de “mera o descripción”, “prospección ateórica”, “consultoría sin fundamento teórico” u otros estados carenciales que cualquier lector puede añadir a esta breve lista – entre los cuales, por supuesto, ocupan un lugar preeminente esas criaturas míticas, el “empirismo chato” y la “investigación social empírica que busca correlaciones estadísticas ateóricamente” (p.445), a las que tantos males se atribuyen y que tan raramente se hacen presentes en las revistas de sociología españolas, donde aún hoy sigue siendo difícil cazar correlaciones (ateóricas o de las otras).

En definitiva, mi segunda y principal reserva hacia el argumento de AFN implica una llamada al reconocimiento del pluralismo de fines de la actividad sociológica, al abandono de visiones poco realistas y demasiado ritualistas del proceso de investigación y, en último término, a la sustitución de las grandes declaraciones y debates sobre las virtudes de una concepción particular de la sociología por la más modesta y productiva discusión sobre cómo abordar problemas concretos que aparecen de manera recurrente en el proceso de investigación (por ejemplo, en relación con la insuficiente calidad de los datos, con los sesgos de selección que pueden estar implícitos en su propia existencia, con las dificultades de medir de manera mínimamente adecuada aquellos factores a los que apuntan las teorías causales que eventualmente inspiran la investigación, con las complejidades que realmente conlleva la aparentemente simple tarea de derivar implicaciones válidas a partir de una teoría, etc).

3. Finalmente, temo que la propuesta de AFN – y, de hecho, la iniciativa de creación de un grupo de trabajo sobre sociología analítica en la FES, a la cual está ligada – puede ser contraproducente en un plano diferente, que podríamos llamar institucional y estratégico. Sospecho que la formación de un grupo cuyo principio de afiliación

es la adhesión a un determinado “enfoque” o “talante” orientador de la investigación social – y no la especialización temática – contribuirá a la misma “fragmentación de esa sociedad abierta [de la ciencia] en multitud de pequeñas comunidades cerradas y autorreferenciales” (p. 440) que AFN deploran. Sin duda, se objetará que ese círculo se distinguirá por su vocación científica ecuménica, ya que, guiado por los principios del genuino pluralismo, busca la incorporación de todos los sociólogos que asuman el abecé del rigor científico, independientemente de cuál sea su campo de trabajo o las específicas teorías que guíen su investigación. No creo, sin embargo, que esas buenas intenciones permitan evitar el resultado más previsible: animadas reuniones de “analíticos” discutiendo los trabajos de otros “analíticos”, unidos todos ellos por un marco de referencia común pero renunciando a influir sobre el resto de la disciplina.

En este punto, mi discrepancia con AFN no se refiere al objetivo último, sino a la selección de la estrategia más eficaz para alcanzarlo. Estoy convencido de que la práctica de la sociología como una “actividad de puertas abiertas, inspeccionable y controlable en el espacio público” (p.440) tiene su escenario natural en foros organizados en torno a campos de investigación y/o (sub)disciplinas y no en función de la afinidad a una particular perspectiva o talante; es en esos foros donde los defensores de la sociología científica – y, por qué no, de su interpretación analítica – deben hacer su labor de persuasión. Creo que quienes atesoran una agudeza, erudición y rigor intelectual como los que AFN despliegan en su artículo deben predicar allí donde están los “infielos” y no entre los ya convencidos.